

REPENSAR LAS CIUDADES (ENTRE COMILLAS)

ISABEL YESTE NAVARRO

Resumen

El comienzo de un nuevo milenio no ha supuesto, como era de esperar, una transformación radical en nuestras ciudades, pero es una excusa como otra cualquiera para replantear el concepto de ciudad, la conservación de su casco histórico y de su identidad ciudadana. En este artículo no se intentan dar soluciones, resultaría imposible hacerlo en unas pocas líneas y por una sola persona, pero sí al menos, preguntarnos acerca de lo que se está haciendo y cuestionar determinadas líneas de actuación urbanística.

Le principe d'un nouveau millenio n'a pas supposé, au demeurant, une transformation radical dans nôtres cités, mais il est une excuse quelconque pour se piquer le concept de cité, la conservation de son centre historique et de sa identité citoyene. Dans cet'article, je n'aspire pas à decouvrir solutions, on serait impossible lui faire dans quelques lignes et par une seule personne, mais j'aspire au demeurant interroguer à l'égard qu'on se fait et débattre quelques lignes d'agissement de l'urbanisme.

* * * * *

«Si quieres vivir en Nueva York —le dijo una vez a Sherman—, tienes que aislarte, aislarte, aislarte». Es decir, aislarse de la gente. La idea, con su aura de cinismo y engrimiento, le pareció muy au courant a Sherman.

Tom Wolfe: *La hoguera de las vanidades*.

Las ciudades en España y en prácticamente todo el mundo occidental, fueron únicas hasta el siglo XIX. No existían en ellas zonas antiguas, zonas renovadas o zonas nuevas, la ciudad crecía con sus habitantes y se iba adaptando a sus necesidades. El terreno, los vientos dominantes, el sol, los ríos... marcaban su forma. Después, el hombre dominó la naturaleza vencéndola, las ciudades se hicieron entonces a su antojo, pero, curiosamente, dejaron de estar hechas a su medida. No era la velocidad del ciudadano la que fijaba distancias y trayectos, sino la de su automóvil. Su casa no tenía más permanencia que la temporalidad de una promoción interna y la ciudad dejó de ser el entorno físico de su vida.

*Profesora Titular de Historia del Arte de la Universidad de Zaragoza. Investiga sobre urbanismo, arquitectura y conservación del patrimonio arquitectónico urbano.

Hay que aprender de nuestra historia, pero quizá, debamos primero estudiarla de otra forma a como hasta ahora lo hemos hecho. Hemos glorificado las gestas de los vencedores, pero nunca la estupidez cotidiana, podemos, no obstante, aprender mucho de esta última, ya que no sólo los aciertos del pasado han conformado la ciudad actual, sino también los errores.

Los cascos históricos se caracterizan por componer un variadísimo catálogo de soluciones arquitectónicas y urbanísticas. En la historia, la modernidad sustituía sin pudor fórmulas anteriores y nadie se extrañaba o preocupaba por ello. El gótico fue la modernidad y después el renacimiento y años más tarde eclecticismos e historicismos. No sé muy bien qué hubieran pensado arquitectos y *promotores*, si en el siglo XVII la corporación municipal hubiera obligado a éstos a construir su iglesia en estilo románico o gótico para así «armonizar con el entorno» o, igualmente, el asombro de Pedro Martínez de Luna, conde de Morata, ante la exigencia de que su casa fuera construida a manera de pantalla neutra, adecuándose así a unas normativas de edificación redactadas con el fin de conservar el patrimonio y sin ensombrecer con su presencia y modernidad los *históricos* edificios que la rodeaban.

Las ciudades en España nacieron según un plan preconcebido o según fortuitas leyes de azar, sobre el plano así formado, nuevos ciudadanos continuaron construyendo la ciudad, otros después y otros más tarde. Las obras recompuestas por manos distintas a las que las idearon resultan generalmente *imperfectas*, aunque no por eso necesariamente menos bellas o *valiosas*. En la historia, cada artista-arquitecto-urbanista-humanista recomponía la ciudad según su buen hacer, y dejaba en ella lo mejor que podía dar. A lo largo del siglo XX, no bastó con recomponer la ciudad, además se transformó, imitando primero, destruyendo después y, finalmente, formando pantallas neutras que no ofendieran o eclipsaran la grandeza de lo primigenio. La huella que el siglo XX ha dejado será así *magnífica*, y estará condenada a desaparecer por insignificante y vacía de contenido. Aunque, si nos ponemos en lo mejor, quizá el siglo que ahora empieza sea tan *respetuoso* con la historia como el pasado, y los nuevos edificios que se construyan en las antiguas ciudades, armonicen con los actuales, y así, finalmente, los cascos históricos sean aquellos lugares en los que un puñado, no más, de grandiosos monumentos del pasado se levanten entre torres anónimas de muros insustanciales. Habremos salvado estos monumentos de la ruina, pero serán incapaces de recordarnos la grandeza del pensamiento humano. Rechazamos la construcción de nuevos edificios según esquemas estrictamente modernos en los centros históricos, por considerar que, desde un punto

de vista estético, no encajan con el entorno en el que se insertan; rechazamos también las construcciones que mimetizan el pasado, por considerar que no son sino una *falsificación* del mismo, así, el único recurso alternativo a estas opciones parece ser, a la vista de gran parte de los resultados, una arquitectura anodina y de escasa calidad. La arquitectura moderna modeló nuestros cascos históricos, en cada momento le dio un aspecto cambiante y vivo, ¿de dónde viene pues ese miedo a la arquitectura moderna? Quizá no precisamente por su modernidad, sino por la falta de calidad que presenta, en un gran número de ocasiones, la arquitectura utilizada en la reconstrucción de cascos históricos degradados. No debe existir el miedo a la arquitectura moderna, sino a la mala arquitectura.

Aquellos que aprendimos a identificar la ciudad con calles estrechas flanqueadas por edificios que nuestra vista recorría deleitándose en pequeños detalles que componían el marco referencial de nuestra existencia, nos perdemos en un nuevo marco de ruina y despersonalización —no sólo los edificios en general no difieren ya unos de otros, sino que hasta las tiendas y los mercados son iguales en todas las ciudades del occidente europeo—. Es difícil, tras la renovación de los cascos históricos de los centros urbanos, reconocer el principio de nuestra existencia, el desarraigo resulta inevitable y por ello, quizá por algunos, aceptado sin demasiados traumas. Otros, por contra, pretenden combatirlo reinventando el pasado. Carnavales y fiestas rescatadas, con mayor o menor fidelidad, de la memoria de los viejos o la conmemoración y representación de un acontecimiento más o menos histórico que se transforma, por unas horas o días, en espectáculo mayoritario y factor aglutinante e identificativo de la memoria ciudadana. Son muchos los ejemplos que podríamos citar a este respecto, algunos, verdaderos intentos de recuperación histórica, otros, lamentablemente, espectáculos sin ningún referente histórico que reinventan una ciudad que nunca existió. Así, Teruel recrea desde hace unos años las bodas de Isabel y Diego: *Los amantes de Teruel*. Por unos días, toda la población se disfraza y transforma en una ciudad medieval, se inventan vestimentas, mercados, pantomimas... Este año pasado, 2001, el *circo* se amplió con lo que se llamó: *La quema de la bruja*, que hubo de ir acompañada por presos amarrados con grilletes y cepos. Según los organizadores del evento, este espectáculo había de ser del agrado del público, no obstante, resultaba, según ellos, bastante caro. Cuando la farsa no permite atisbar la realidad enmascarándola, la ciudad se convierte en un gran parque temático dedicado al consumidor y sus deseos: soñar otros mundos en éste u otros tiempos en el tiempo presente. El ciudadano pasea por calles peatonales en las que se veta el acceso al automóvil y al

incómodo recuerdo del presente cotidiano, calles alumbradas por farolas decimonónicas y músicos callejeros que ponen la banda sonora a una tramoya teatral perfectamente calculada.

Afortunadamente, todavía quedan lugares en los que renovación y rehabilitación conviven armónicamente a un tiempo, y en donde la primera se subordina a la última, lugares como las ciudades viejas de Cáceres, Salamanca, Segovia o Santiago de Compostela; callejones en Córdoba o Sevilla, de origen islámico, que hoy abrazan el símbolo máximo de aquellos contra los que lucharon: la catedral cristiana; lugares todos ellos en los que pasado y presente se unen por un único hilo conductor: el transcurrir diario de la ciudad.

La renovación de los cascos históricos en un gran número de ciudades occidentales ha condicionado que, hoy en día, éstos no tengan prioritariamente la condición residencial con la que se crearon y que la población que tradicionalmente los habitaron se trasladara a otros lugares de la ciudad. Inicialmente convivían en un mismo lugar usos de dirección, industriales y residenciales. El desarrollo industrial trajo consigo la necesidad de otorgar un mayor espacio físico a las instalaciones industriales y un importante aumento de población en las ciudades, centros impulsores y receptores de este desarrollo. Se crearon los grandes polígonos industriales y la ciudad fue extendiendo sus tentáculos hacia el infinito. La vida ciudadana se volvió más compleja y comenzaron a aparecer los centros logísticos, el gran invento fue así la zonificación. La ciudad contemporánea necesitaba un nuevo centro de dirección y así dos tendencias mayoritarias se plantearon en siglo XIX. La primera consistió en renovar el centro, abrir nuevas vías de comunicación en su interior de forma que el valor del suelo se incrementara considerablemente, aquellas clases populares que tradicionalmente lo habían habitado desaparecieron del mismo buscando en la periferia un máximo ajuste entre posibilidades y recursos. El centro renovado pasó a estar ocupado masivamente por usos terciarios, formándose en su interior grandes vacíos poblacionales, que posibilitaban que zonas del mismo quedaran vacías fuera del «horario de oficina». Aquellas zonas no renovadas, en las que su trama urbana y sus edificios no se adaptaron a las nuevas necesidades, fueron sustituyendo su población, sus habitantes marcharon a los nuevos ensanches buscando en ellos mayor *calidad de vida*, aquellos que no pudieron hacerlo continúan en ellas, hoy son una población envejecida y de escasos recursos, junto a ellos jóvenes, marginados racial y socialmente: africanos, gitanos, drogadictos, también algunos inmigrantes de nuestro propio país que recorren las escalas más bajas de la subsistencia. Las estadísticas son esclarecedoras en algunos puntos, en los cascos

históricos se dan los más bajos niveles de renta e instrucción, por contra la edad media de sus habitantes no difiere demasiado de la del resto de la ciudad, es en este aspecto donde la estadística enmascara una realidad límite, existe aquí un gran número de ancianos y niños, la división por dos de estos valores extremos, coloca la edad de la población en la media.

¿Por dónde pasa la *salvación* de nuestros cascos históricos? La respuesta teórica no es muy complicada, pasa por la renovación de sus infraestructuras, la rehabilitación de sus edificios y la salvaguarda de sus habitantes. Sin embargo, esta solución abstracta y deseable para todos no resulta rentable para nadie. ¿Qué interés pueden tener los cascos históricos de algunas capitales españolas como Zaragoza, de grandes dimensiones, con escasos edificios de interés para la población, desdibujados, sin identidad aparente y en los que operaciones de renovación urbana conviven estrechamente con la degradación y el caos urbanístico? Ninguna para nadie. Así visto, quizá, y después de todo, la solución (entre comillas) pase por la destrucción de las viejas ciudades sin solución (de nuevo entre comillas) y su sustitución por centros urbanos de nueva concepción. Los cascos históricos, sus construcciones monumentales, sus tramas urbanas obsoletas y sus edificios anacrónicos, junto a determinadas manifestaciones de carácter etnográfico quedarían recogidas en unos pocos ejemplos de calidad (también, por supuesto, entre comillas), de nuevo los parques temáticos como garantes de la conservación del patrimonio urbano. El paso intermedio es entender la ciudad histórica como un gran receptáculo de edificios susceptibles de ser convertidos en museos, prácticamente la casi totalidad de aquellos que no se derriban o vacían, esto es, cada edificio rehabilitado del casco histórico es, al menos potencialmente, un nuevo museo, ya sólo se necesita algo que exponer en él. La tecnología viene así en nuestra ayuda, cualquier ordenador, o electrodoméstico en general, con una antigüedad superior a dos años en el primer caso y cinco en el segundo es «una pieza de museo» y por tanto susceptible de ser expuesto en uno de ellos, ¡máquinas de escribir expuestas en el *incomparable* marco de un edificio del siglo XVII completamente restaurado! Quizá sea necesario crear unos cuantos *museos del hombre* diseminados por la ciudad, para que a estos edificios históricos les sea devuelta la función residencial que nunca debieron perder.

Hemos identificado, hasta cierto punto, centro y casco histórico o centro histórico, sin embargo esta identificación no resulta correcta en las actuales ciudades. En España, se ha constatado un progresivo deterioro de los centros históricos en las grandes ciudades, esto ha provocado que, aunque la catedral y el ayuntamiento, antiguos emblemas de vida

ciudadana, continúen insertos en el marco de la ciudad antigua, el centro administrativo y comercial se haya ido desplazando hacia los ensanches urbanos que tuvieron su origen en la segunda mitad del siglo XIX, el dinero coloniza nuevas áreas de centralidad convirtiendo el rascacielos en símbolo del poder. Las ciudades españolas, o al menos algunas como Madrid o Barcelona, desarrollan así lo que se denomina *Central Business District*, el corazón administrativo y comercial de las grandes aglomeraciones.

Pero el centro no es sólo esto, ya que junto a esta terciarización superior que viene dada por la coordinación e intercambio de actividades descentralizadas, el centro tiene también una doble función integradora y simbólica, y es además, el núcleo lúdico de la población y la representación sublimada del ambiente urbano.

A partir de estas premisas es necesario redefinir el centro urbano y, sobre todo, hacerlo con respecto al conjunto urbano en que se inserta. Ver en él que valor se le otorga y, de esta forma, establecer una organización política urbana entre centro y periferia que haga de la ciudad un espacio urbano coherente.

Hemos visto algunos de los problemas que la degradación o el simple abandono plantean en los centros antiguos. Tampoco el resto de la ciudad supone *un marco ideal para la existencia humana*. Su problemática es bien distinta, pero, en cierta medida, deriva de la anterior. En los barrios, la conciencia generalizada es la de fragmento o apéndice del omnipresente Centro.

En los nuevos barrios se crean centros que abastezcan de todo lo necesario a sus habitantes. En Zaragoza, por ejemplo, el centro comercial «Gran Casa», situado en el barrio del ACTUR —Actuación Urgente Puente Santiago—, se anuncia como: *El centro de tus emociones*. Es un centro comercial de tercera generación que pretende cubrir un amplio espectro de las necesidades humanas. Así, está compuesto por: hipermercado, grandes almacenes, comercio minorista, bancos y entidades financieras o aseguradoras, talleres, peluquerías, restaurantes, bares, espacios de juego, cines..., y todo ello construido en *calles y plazas peatonales* con bancos en donde descansar y fuentes que introducen el agua en un entorno de vegetación, que liga una superposición vertical de espacios urbanos que, tradicionalmente, se disponían en la ciudad en secuencias horizontales.

A pesar de estos nuevos centros, a pesar de que los ciudadanos tienen ya perfectamente asumidos estos centros comerciales como lugares de paseo y relación social, necesitan el Centro con mayúsculas, el que siempre fue. En principio, la mayoría, porque en él siguen concentradas la práctica totalidad de las funciones de dirección y administración de la

ciudad —existe, no obstante, una tendencia a la descentralización en este sentido— y, en consecuencia, un gran número de actividades terciarias que de ellas se derivan. Otros, porque prácticamente sólo en ese Centro se llevan a cabo actividades culturales tales como exposiciones, conferencias, etc. Y, finalmente, otros, porque en él se identifican como ciudadanos de un lugar concreto, su barrio es como cualquier otro barrio de cualquier ciudad, el edificio en el que viven es como cualquier otro, sin embargo, las calles del casco histórico de su ciudad, o los edificios que lo componen, singularizan su existencia y la fijan a un lugar concreto del planeta, quizá sólo la búsqueda desesperada de identidad en una aldea global.

Frente a estos problemas, nuestras corporaciones municipales apuestan por lo que Peter Hall denomina la Ciudad Bella: «dan mucha importancia a la apariencia, al aspecto decorativo de las ciudades; prefieren cuidar los grandes espacios públicos centrales, a expensas de las áreas más normales y corrientes de la ciudad donde sus habitantes viven y trabajan, de esta manera arrinconan las cuestiones más espinosas». Con permiso de Peter Hall, y a la vista de algunos resultados, sólo me atrevo a denominar a esta política de actuación urbana como la Ciudad de los Acabados. Parece como si hubiera que concluir de manera definitiva esa obra que es la ciudad y para ello nada mejor que intervenir drásticamente en el centro, renovarlo, modificar la imagen tradicional del mismo, convertirlo en un nuevo símbolo ciudadano y, sobre todo, en emblema de la modernidad, de la ciudad que se desprende de trabas históricas para conquistar el futuro. Y en esa ciudad del futuro ¿por qué transformar una y otra vez insistentemente los mismos espacios centrales?, ¿por qué no crear calidad de vida en lugares degradados del centro de la ciudad?, ¿por qué no conservar la identidad ciudadana a partir de la rehabilitación de espacios históricos? Porque no resulta ni económica ni políticamente rentable, el urbanismo como motor social ha quedado definitivamente en manos de unos pocos y éstos no son, quizá, los más idóneos.

Una vez aquí, es preciso aunar centro y periferia, es necesario redefinir el modelo de ciudad. La ciudad de los empresarios ha quedado colapsada, la pobreza se agiganta en dimensiones y la concentración del poder en un pocas ciudades del planeta, frente a la descentralización de la producción para con ello abaratar costes, no hace sino acentuar las diferencias. En cuanto a la forma, la ciudad en extensión o *Urbanismo Horizontal*—modelo mayoritario impuesto a partir de la cultura anglosajona—dejó de ser idónea para el desarrollo urbano a partir de la crisis energética de los años setenta, ya que en la misma se incrementaban los costes

de transporte y distribución. La solución alternativa parecía ser de nuevo la ciudad compacta o *Ciudad de Rascacielos*. No parece este tampoco sin embargo el modelo adecuado para la ciudad del siglo XXI, ya que según la International Federation of High Rise Structures —Federación Internacional de Estructuras de Gran Altura—, la ocupación vertical del territorio «conlleva la paulatina degradación de las condiciones medioambientales del entorno, el deterioro del hábitat y la desmaterialización de la aconsejable escala humana».

Tras la favorable valoración teórica del proyecto —casi de ciencia-ficción para algunos— de Ciudad Vertical Torre Biónica de los arquitectos Pioz, Cervera y Celaya, se apunta como solución práctica, la creación de unidades vecinales, relativamente próximas a una ciudad central, en la que puedan desarrollarse las funciones elementales de residencia, trabajo y servicios, unidades de medianas dimensiones que favorezcan los desplazamientos teóricamente cortos: «debemos reencontrarnos con la naturaleza, vivir lo mejor posible y sostener nuestro entorno para nuestros herederos». Así descrita, la solución resulta enormemente próxima a aquella que, ya a fines del siglo XIX, apuntó Ebenezer Howard con su modelo de *Garden City*, los urbanistas han reinventado de nuevo la rueda...

Por otra parte, las previsiones más pesimistas fijan en cincuenta años el plazo necesario para que la población mundial se duplique, esto es, pase de seis mil a doce mil millones. Las más optimistas prevén que en ese tiempo, la población pasará de seis mil a nueve mil millones de habitantes. Este crecimiento poblacional se sitúa fundamentalmente en áreas todavía en proceso de desarrollo. El mundo occidental desarrollado en el que nos encontramos, debe enfrentarse también a un progresivo crecimiento urbano, aunque no derive directamente de un aumento inusual de la población. Asistimos a una progresiva transformación de las relaciones interpersonales, el núcleo familiar tradicional se disgrega y crece el número de *hogares*, hay cada vez un mayor número de viviendas unipersonales. De esta forma, aunque se adopte una estructura de ciudad compacta, las distancias periféricas se incrementarán notablemente y con ellas los desplazamientos de la población. A esto hay que sumar el enorme aumento previsto en los desplazamientos entre ciudades, ya que la distribución por *sedes* de las actuales empresas favorece la movilidad de sus empleados. En este contexto ¿cómo se evitará la proliferación del transporte privado, el despilfarro energético que ello conlleva y su influencia modeladora sobre la morfología urbana?

Resulta inevitable buscar un nuevo modelo de ciudad, se establecen como premisas la conservación de la naturaleza, la conservación del patri-

monio cultural, evitar las soluciones de emergencia planificando racionalmente, utilizar los avances científicos y tecnológicos para lograr una mayor calidad de vida... Premisas actuales que no difieren demasiado de aquellas pasadas que modelaron la ciudad actual. Por cierto (y entre comillas), ¿a alguien se le ha ocurrido como solución la construcción de una *Ciudad ideal*? Si no es así, quizá *Atepolis* resulte ser la última de las ciudades de la Tierra.

